



Moralidad, periferias y villas miseria.

Indagando etnográficamente las representaciones sociales sobre los espacios urbanos relegados en Comodoro Rivadavia ¹



Dr. Santiago Bachiller

*CONICET. Universidad Nacional de la Patagonia Austral
(Sede Caleta Olivia).*

Santa Cruz, Argentina.

santiago.bachiller@gmail.com

Morality, suburbs and shantytowns.

An ethnographical investigation of the social representations of urban spaces relegated in Comodoro Rivadavia

Bachiller, S. (2014). Moralidad, periferias y villas miseria. Indagando etnográficamente las representaciones sociales sobre los espacios urbanos relegados en Comodoro Rivadavia. Revista Estudios sociales contemporáneos. (10) 79 - 89.



Resumen

En Argentina, la reflexión académica sobre la cuestión social tomó como prioridad a las villas miseria. Asimismo, el eje centro-periferia resultó clave en la articulación del imaginario social hegemónico sobre las villas. En la asociación entre villas y periferias, las representaciones se organizaron de acuerdo a una distancia física, pero también moral respecto de un centro urbano. Dichas conexiones entre periferia, villas y espacios relegados, suponen una serie de obstáculos epistemológicos. El primero de ellos reside en las dificultades propias de una lectura moral sobre los territorios urbanos relegados. El segundo responde a una lógica sociocéntrica: si la villa fue retratada en función de la realidad histórico-social de las principales urbes industrializadas del país, ¿hasta qué punto es aplicable dicho concepto en ciudades de menor tamaño, con una tradición urbana diferente? Producto de un estudio etnográfico sobre las ocupaciones de tierras y la conformación de asentamientos en Comodoro Rivadavia, el artículo pretende analizar cómo los imaginarios urbanos sobre la “villa” afecta los discursos locales sobre el modo en que la cuestión social se expresa en el territorio. En los relatos sobre los asentamientos, la villa es una categoría que solamente es invocada cuando se pretende evaluar moralmente a determinados espacios urbanos relegados.

Palabras clave:

Moralidad, villas miseria, centro/periferia, toma de tierras.

Abstract

In Argentina, academic reflection on social issues took the slums as a priority. Likewise, the center-periphery axis was a key factor in the articulation of hegemonic social imaginary about the slums. In the association between slums and peripheries, the representations were organized according to a physical distance, but also to a moral one in respect to an urban center. Such connections between periphery, slums and neglected spaces, involve a number of epistemological obstacles. The first one resides in the difficulties of a moral reading on the urban neglected territories. The second one responds to a sociocentric logic: if the slum was portrayed in terms of the historical and social reality of the country's main industrial cities, to what extent such concept can be applied in smaller cities with a different urban tradition? As a result of an ethnographic study on the land occupations and the creation of settlements in Comodoro Rivadavia, this article analyzes how the notion of villas (slums) affects local discourses on how social issues are expressed in the territory. In speeches about settlements, the villa (slum) is a category that is invoked only when trying to morally evaluate certain neglected urban spaces.

Key words:

Morality, slums, center/periphery, land occupations.

Introducción

El presente artículo es consecuencia de un estudio etnográfico sobre las ocupaciones de tierras y la posterior conformación de asentamientos en la ciudad de Comodoro Rivadavia –provincia de Chubut, Patagonia Argentina. El objetivo general del trabajo consiste en evaluar cómo la noción de “villa” afecta los discursos locales sobre la cuestión social y la dimensión territorial².

A nivel metodológico, es de destacar que el trabajo de campo etnográfico fue iniciado a principios del 2011 a partir de una primera aproximación exploratoria a los diversos asentamientos que conforman la ciudad. Posteriormente, se realizaron entrevistas semiestructuradas a quienes protagonizaron las tomas de tierras, a funcionarios de diversas dependencias municipales y provinciales abocados al tema, a representantes de Centros de Promoción Barrial u otras entidades estatales con fuerte presencia territorial –como Centros de Salud o escuelas–, y a dirigentes de las Uniones Vecinales³. La observación participante se limitó a un asentamiento en concreto –conocido como “Cancha Belgrano”–; cuando en el texto se alude a la opinión de los pobladores de

asentamientos, por lo general se está haciendo referencia a residentes de Cancha Belgrano. Finalmente, siguiendo un criterio de selección vinculado a los términos “villa”, “asentamientos” o a la toma de tierras como tema prioritario, se rastreó en notas y en los correspondientes comentarios de lectores en las versiones virtuales de los dos periódicos principales de la ciudad –El Patagónico y Crónica. El artículo no pretende sobredimensionar la importancia analítica de tales notas u opiniones de lectores; por el contrario, si se incluyen dichos relatos es por entender que proporcionan pistas sobre la significatividad que el término “villa” tiene en las representaciones locales sobre los espacios de relegación urbana.

La categoría de “villa” es de uso complejo en Comodoro Rivadavia. Arquitectónicamente, a nivel estético o de infraestructura, muchos de los asentamientos de la ciudad podrían ser definidos como villas. Pese a ello, la inmensa mayoría de los comodorenses en general, y los residentes de asentamientos en particular, sostienen sin titubear que la ciudad se caracteriza por la ausencia de villas. A la hora de referirse al modo en que los procesos de precariedad social se materializan territorialmente; ¿cómo

¹ El artículo es resultado del proyecto de investigación PICT N° 2010-1235, financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, titulado: “Exclusión residencial, desarraigo y aislamiento geográfico en asentamientos informales en la Patagonia central”.

² El artículo refiere de modo genérico a las “villas miseria” aunque, evidentemente, no se trata de un mundo homogéneo. Las villas no pueden ser pensadas de manera monolítica, pues los significantes asociados con las mismas varían de acuerdo a múltiples variables: si ciertas villas despiertan imágenes sociales ligadas con la delincuencia, otras pueden ser identificadas como espacios de movilización y organización comunitaria. Demás está decir que incluso una misma villa responderá a diferentes significados según quién sea el actor que las invoca, las divisiones del espacio en distintas zonas y de acuerdo a ciertos ejes claves en la lectura del territorio –tales como alto/bajo, fondo/frente, etc. (Segura, 2011).

³ En Comodoro Rivadavia, los Centros de Promoción Barrial y las Uniones Vecinales representan una de las principales formas de organización territorial. Ambas son asociaciones sin fines de lucro, reconocidas y financiadas por la Municipalidad. En el primer caso son dirigidas por funcionarios municipales, mientras que en el segundo sus directivos son elegidos mediante elecciones barriales.



explicar este desfasaje entre la relevancia que la bibliografía sociológica “nacional” otorgó a las “villas miseria” frente al escaso uso del término por parte de la población comodoreña? No obstante, en ocasiones puntuales se produce la excepción a la regla y la palabra “villa” surge en los relatos; ¿en qué contextos se utiliza dicho término?, ¿qué tipos de discursos apelan a la villa como concepto articulador?

Responder a estos interrogantes permitirá comprender por qué el artículo comienza con el análisis del trazado y el imaginario urbano de ciudades como Buenos Aires, cuando la investigación se concentra en las especificidades y usos de la categoría de “villa” en Comodoro Rivadavia. Así, el primer apartado gira en torno al peso que el eje centro-periferia ha tenido en el imaginario urbano de ciudades como Buenos Aires, y en la moral como criterio fundamental para la constitución de dicho binomio. Por otra parte, como se argumenta en el siguiente subtítulo del primer apartado, el eje centro-periferia resultó clave en la articulación del imaginario social hegemónico sobre las villas miseria. Más aún, dado el peso que las villas miseria tuvieron en el nacimiento y consolidación de la sociología nacional argentina, las mismas se convirtieron en el modelo básico de análisis, en una unidad de sentido territorial y una referencia difícil de eludir a la hora de abordar otros espacios urbanos relegados⁴. El segundo apartado inicia la reflexión etnográfica. Entonces, se analiza por qué la mayoría de los comodorenses entienden que la villa no es un espacio característico de la ciudad, sino que la misma respondería a una tradición urbanística propia de otras latitudes. En el título secundario de este apartado, se considera en cambio de qué modo la villa es un término que se hace presente en determinados contextos discursivos, vinculados con la amenaza de fuerzas extrañas que desvían a la ciudad de su “esencia” histórica.

El texto finaliza con una conclusión, en la cual se reflexiona sobre la “villa” como un discurso moral que se aplica a determinados territorios urbanos. En tal sección, se sostiene que las conexiones entre el binomio centro-periferia, villas miseria y espacios urbanos relegados, conllevan a una serie de obstáculos epistemológicos. No se trata simplemente de la alta carga moral implícita en tales lecturas sino que las mismas, a su vez, responden a una lógica sociocéntrica. El estudio de los espacios urbanos relegados en términos de centro y periferia, enfocados por lo general en las villas miseria, han condicionado el imaginario y las prácticas territoriales, afectando incluso ciertas representaciones nacionales sobre el espacio urbano (Grimson, 2009). Consecuentemente, si la villa fue retratada en función de la realidad histórico-social de las principales urbes industrializadas del país –especialmente de Buenos Aires–, ¿hasta qué punto es aplicable dicha noción en ciudades de menor tamaño donde, entre otras cuestiones, la lógica de crecimiento urbano no respondió a un patrón que delimita claramente un centro de una periferia? El presente trabajo pretende dar cuenta cómo esas miradas morales nos conducen a interpretaciones erróneas a la hora de analizar los espacios urbanos relegados, así como obturan la comprensión de las realidades urbanas propias de otras ciudades del país; asimismo, el artículo supone la posibilidad

de tomar conciencia sobre la especificidad de las villas miseria y demás formas de “periferias urbanas” que fueron analizadas en el ámbito bonaerense por una prolífica literatura académica.

Centro, periferia y moralidad

La traza urbana de ciudades como Buenos Aires o Rosario se fue constituyendo a partir de una “lógica de continuidad”. Marcadas por una geografía accidentada, metrópolis como Caracas o Río de Janeiro responden a un patrón espacial fragmentado, favoreciendo la constitución de barreras entre sectores sociales. Por el contrario, las características geográficas de Buenos Aires, la chatura y extensión de la pampa, posibilitó organizar al territorio de forma metonímica. Tal como sostiene Grimson parafraseando a Gorelik, en Buenos Aires “naturaleza y voluntad pública confluyeron en su espíritu aplanador” (Op. Cit.:18-19). Así, la traza urbana de la CABA se articuló en torno a una tradición que valoriza el espacio local -los barrios-, integrándolos en una trama formalmente homogénea -la grilla.

A su vez, dicha línea de continuidad territorial se basa en un sistema espacial que produce sentido, el cual se organiza en torno a la CABA, y al primer y segundo cordón del Gran Buenos Aires (Ibídem). La lógica de contigüidad no niega la presencia de fronteras que delimitan el territorio; los límites surgen y se renuevan de acuerdo a los modos en que los habitantes imaginan y actúan en el espacio urbano. Son los discursos hegemónicos los que logran naturalizar dichas representaciones espaciales, imponiéndolas como sentido común (Bourdieu, 2002). Así, la lógica espacial basada en la continuidad de tres círculos concéntricos, es la misma que demarca la separación entre cada uno de los mismos. Probablemente, la frontera más significativa es aquella que distingue a la CABA de la RMBA, generando “efectos” que tradicionalmente fueron vividos en términos de centro y periferia. El centro es la ciudad de Buenos Aires, eje de referencia a partir del cual se calculan y evalúan las distintas periferias que conforman el conurbano bonaerense.

Esta afirmación debe ser matizada. Siempre existieron diversos centros y periferias, tanto al interior de la CABA como de la RMBA. Asimismo, numerosas investigaciones han abordado fenómenos como la proliferación de los barrios cerrados y countries (Svampa, 2001), los cuales expresan el surgimiento de nuevas centralidades y periferias en el ámbito de una RMBA que, actualmente, se caracteriza por una fuerte fragmentación socioterritorial (Prévot Schapira y Cattaneo Pineda, 2008). Evidentemente, el eje centro/periferia resulta obsoleto para explicar la actual espacialidad urbana del RMBA; es de suponer que la construcción de infraestructura urbana, como las redes de autopistas que conectan a las mencionadas “urbanizaciones de la opulencia” (Davis, 2008), han alterado el modo de representar a los diversos centros y periferias. No obstante, lo planteado no invalida el argumento central: como sostienen investigadores de renombre (Gorelik, 2004; Romero, 2009; Grimson, Op. Cit.), el eje centro/periferia ha sido central en la conformación histórica de los imaginarios urbanos de la región metropolitana.

⁴ El presente artículo es deudor de los estudios que se preocuparon por analizar críticamente las lecturas morales a partir de las cuales se conformaron los imaginarios urbanos sobre las villas miseria en nuestro país (Ratier, 1985; Casabona y Guber, 1985; Guber, 1991; 2004; Hermitte y Boivin, 1985; etc.).



Por otra parte, en dicha tradición de imaginarios urbanos, la distancia del centro a la periferia fue física, pero también moral. Podría afirmarse que tradicionalmente existió un progresivo descenso en términos de ingresos económicos a medida que uno se aleja del primer al tercer círculo⁵. Pero son las fronteras simbólicas entre el centro y las periferias las que aquí interesan priorizar, y ello es así por dos cuestiones: a) por cómo estructuran el imaginario territorial y las prácticas espaciales; b) porque en buena medida exceden el ámbito metropolitano, afectando ciertas representaciones nacionales sobre el espacio urbano. Como sostiene Grimson (Op. Cit.:16),

el límite capital/provincia tiene una serie de implicancias simbólicas en un Área Metropolitana que actualiza muchas veces en ese binarismo la oposición fundante de la nación, capital/interior, con sus implicancias imaginarias acerca de Europa y de América Latina, incluso de civilización y barbarie.

Cuando desde Capital se renueva dicha oposición, el Gran Buenos Aires es imaginado como alteridad, como diferencia.

Las distancias físicas y simbólicas entre el centro y la periferia suponen una alta carga moral, y han sido contaminadas por toda una serie de valoraciones. Así, Buenos Aires produjo un sentido territorial en “degradé” (Ibidem), el cual presupone una degradación que va en sentido centro-periferia, en función de variables dispares como la contigüidad físico-geográfica, el nivel de ingresos económicos, o las representaciones sobre el espacio urbano. Como veremos a continuación, la simbología que conlleva el binomio centro-periferia contaminó al imaginario sobre las villas miseria. La villa nacieron como una periferia, y no tanto porque se hayan localizado en “las afueras de la ciudad” -muchas villas se construyeron y continúan dentro de la ciudad de Buenos Aires; otras, no casualmente, fueron el epicentro del proceso de erradicación durante la última dictadura militar-, sino porque conceptualmente se la definió en función de su “lejanía” respecto de un centro concebido de manera positiva.

Moralidad, periferias y espacios urbanos relegados: las villas miseria en Argentina

Los inmigrantes europeos que a principios del siglo XX llegaron a la ciudad de Buenos Aires se alojaron en edificios viejos y céntricos; los conventillos o inquilinatos fueron el primer espacio urbano relegado destinado a estas poblaciones. Sin embargo, la reflexión sociológica sobre la cuestión social recién se consolidó varias décadas después, tomando a las villas miseria como unidad de análisis (Merklen, 2005).

En Argentina, las villas surgieron a fines de la década de 1930 en los alrededores de Buenos Aires y otras ciudades centrales del país, producto de un éxodo rural atraído por un proceso industrializador. Estas poblaciones afrontaron su problema habitacional mediante la ocupación de terrenos, construyendo casillas que carecían de

infraestructura y servicios urbanos básicos. El proceso de configuración y localización urbana de las villas guardó relación con la proximidad a los lugares de trabajo o los medios de transporte (Fernández Wagner, 2008). Originalmente, se trataba de tierras marginales, de auténticas “periferias”; con el paso del tiempo y a medida que creció la ciudad, terminaron ubicándose cerca de la misma y sus tierras en muchos casos fueron codiciadas por los especuladores inmobiliarios.

El nacimiento y la evolución del prejuicio contra quienes residen en las villas miseria guardan relación con los orígenes migratorios de la población rural hacia la ciudad. La cuestión racial, el mito nacional según el cual “los argentinos descendemos de los barcos”, la valorización de “lo moderno” que a su vez se plantea como sinónimo de urbano y civilizado, fueron cuestiones que se condensaron en un centro: Buenos Aires. La “población blanca” de origen europeo, predominante en Buenos Aires, desplegó diversos motes despectivos hacia quienes vivían en las villas en función de sus rasgos físicos —especialmente el color de piel y cabello, a veces con ascendiente indígena (Guber, 1991). Así, la forma dominante de nombrar a estas poblaciones en las décadas de 1930 y 1940 fue como “cabecitas negras” (Ratier, 1985).

Durante los primeros gobiernos peronistas (1946-1955) se vivió un clima de optimismo al interior de las villas. El pleno empleo, la expansión de los derechos sociales o la proliferación de loteos de tierra, llevaron a los residentes de las villas a reforzar la sensación de que las mismas eran una solución transitoria a sus problemas. Los numerosos planes de vivienda popular irritaron a más de un sector social; fue en tal época cuando surgieron las “leyendas negras”. Articuladas en torno al mito “barbarie o civilización”, constitutivo de la etapa de conformación del estado/nación argentino del siglo XIX pero aún vigente a mediados del siglo XX, las leyendas negras planteaban la incapacidad cultural o innata de los “cabecitas negras” para habitar “adecuadamente” en departamentos (Guber, 2004). Como sostiene Romero (Op. Cit.:328) respecto de la proliferación de villas, en aquellos años la ciudad de Buenos Aires “descubrió nuevamente su adversario no tanto en los viejos barrios urbanos, sino en las nacientes aglomeraciones del Gran Buenos Aires, que crecían como mancha de aceite, y la oposición volvió a plantearse entre el centro y la periferia”. Asimismo, es de notar que el mito de origen del peronismo, es decir el 17 de octubre, fue caracterizado por la prensa de la época como un “aluvión zoológico”, como el desplazamiento de la periferia al centro, como una irrupción de los sectores populares en un espacio que hasta entonces les estaba vedado (Neiburg, 1995).

El derrocamiento de Perón en 1955 implicó un claro retroceso en lo que refiere a la estigmatización de las villas miseria. Entonces, el término “cabecita negra” fue cediendo espacio al mote de “villero”, el cual se concatenaba con otras formas despectivas de nombrar, tales como “negro-bruto-ignorante-ladron-sucio-indolente-borracho-prostituta” (Casabona y Guber, 1985).

⁵ Nuevamente, esta afirmación debe ser relativizada: al interior de la CABA existen villas miseria, mientras que en el primer y segundo cordón del conurbano encontramos barrios donde residen las clases acomodadas. Como se sostuvo anteriormente, en las últimas décadas se observa una tendencia que contrasta con el patrón clásico de continuidad espacial y que se asocia con la proliferación de barrios cerrados y countries alejados a zonas destinadas a los sectores populares. A pesar de ello, el argumento principal continúa vigente: en líneas generales, a medida que nos alejamos de Capital hacia el tercer cordón, el nivel de ingresos económicos suele descender (Grimson, Op. Cit.).



Por otra parte, a partir de la década de 1950 y durante varias décadas, en América Latina la marginalidad fue la noción hegemónica en los estudios sobre la cuestión social. Significativamente, en Argentina estas teorías tomaron a las villas miseria como unidad de análisis (Eguía y Ortale, 2007). Es decir, la reflexión sociológica sobre la cuestión social llega a su etapa adulta con la noción de marginalidad, la cual a su vez giró en torno a las villas miseria como espacio relegado inspirador. En el caso argentino, las dos versiones de estas teorías tuvieron como principales exponentes a Gino Germani y a José Nun. Aquí nos detendremos en Germani (1967), quien representa la versión cultural de la marginalidad. Su análisis sobre la marginalidad se focalizó en un déficit de integración por un flujo migratorio del campo a la ciudad, donde la dificultad de adaptación cultural por parte de los migrantes rurales a un medio desconocido los llevaba a enquistarse en pautas socioeconómicas y culturales “tradicionales” que les impedían aprovechar las ventajas ofrecidas por el proceso modernizador. Por otra parte, en esta propuesta teórica la villa era una periferia que se definía en oposición a un centro: Buenos Aires. En ese binomio, el primero era imaginado como un espacio de “ascendiente indígena, rural, tradicional, atrasado”, mientras que el segundo era el polo que representaba lo “europeo, lo urbano, lo moderno”.

Gradualmente, otros significantes fueron adosándose y complejizando las representaciones del espacio social conocido como “villa miseria”. Entre ellos, cabe destacar la llegada de inmigrantes procedentes de países limítrofes. Entonces, la dinámica estigmatizadora comenzó a operar no sólo en términos racistas, sino también en función de criterios de nacionalidad que reforzaron las identificaciones de la villa como un “espacio de otredad”. Asimismo, la esperanza de ascenso social y la representación de la villa como un lugar de paso fueron desmoronándose. El régimen de propiedad privada y el carácter especulativo del mercado inmobiliario; los procesos de industrialización intensivo en capital y de alta tecnología que demandaban menos mano de obra en una primer etapa, y después la desindustrialización iniciada durante la última dictadura militar; la desregulación del mercado de tierras, fueron algunas de las causas que indujeron al abandono de las versiones más optimistas de la villa, reafirmando las lecturas de las mismas como “espacios de degradación” (Hermitte y Boivin, 1985). En tercer término, como consecuencia de una migración espontánea y desordenada que nunca se detuvo completamente, se agravó aún más la situación de hacinamiento (Cravino, 2009). Buena parte de los estigmas que descalifican a la villa apelando a criterios anómicos e higiénicos derivan de dichos procesos de densificación poblacional.

Pero las villas no siempre fueron representadas en términos negativos. Por el contrario, ciertos imaginarios ligados con los discursos revolucionarios de fines de los 1960 y principios de los 1970 la caracterizaron como un espacio de esperanza. No obstante, la villa como territorio marcado por la militancia y la acción política, por la organización y movilización en reclamo de los derechos de ciudadanía, sufrió un fuerte revés durante la última dictadura militar. Los programas de erradicación tuvieron su epicentro en la última dictadura militar, se hicieron masivos a

principios de 1978, en un contexto marcado por la organización del campeonato mundial de fútbol junto con la especulación inmobiliaria de agentes que codiciaban las tierras donde se ubicaban las villas miseria. Entonces, la mayoría de los habitantes de las villas porteñas fueron expulsados a diversos sitios del Gran Buenos Aires, agravando el problema habitacional del conurbano, y empeorando de múltiples maneras sus condiciones de vida. (Hermitte y Boivin, Op. Cit.). En tal época, proliferaron ciertos significantes ligados con la peligrosidad social, la higiene y el orden público -la villa como refugio de delincentes, prostitutas y alcohólicos. Asimismo, se reforzaron las representaciones que caracterizan a los “villeros” como “vagos” que esperan vivir eternamente de la beneficencia, que organizan su subsistencia a partir de un asistencialismo pernicioso. Es la etapa donde más se resalta la alteridad del villero, un “otro” radicalmente diferente al habitante de la ciudad (Ibidem).

Centrados en el RMBA, diversos estudios señalan que los años 80 implicaron el advenimiento de una nueva forma de producción del hábitat popular: la conformación de asentamientos a partir de la ocupación de tierras. Uno de los principales elementos destacados por investigadores como Merklen (2012) o Cravino (Op. Cit.), consiste en los esfuerzos que realizan los protagonistas de las tomas por diferenciarse de “los villeros”. La organización comunitaria, la creencia en el esfuerzo personal como medio de integración, el respeto por los principios de urbanización vigentes, el autodefinirse como un trabajador, la intención de mejorar el sitio, el proceder en ciertos casos de las clases medias caídas en desgracia, serían elementos destacados por quienes tomaron tierras en oposición a ese “espacio otro” tan temido, como es la villa. En definitiva, el asentamiento supondría la conformación no sólo de un espacio físico sino también social, la producción de una identidad en contraposición a la villa, lo cual es otro indicio del peso que la villa posee como unidad territorial de referencia en el análisis de los procesos de relegación urbana.

Por otra parte, en la década de 1990 se intensificaron algunos significantes preexistentes. En primer lugar, en un contexto de privatización de las empresas públicas, se consolidó el estigma del villero como un “pícaro” que vive gratuitamente colgado de los servicios a expensas del resto de los ciudadanos. En segunda instancia, en tales años se generaron estudios sobre la fragmentación y segregación urbana, los cuales caracterizaron al aislamiento como una característica central de las villas. Entonces, se sostuvo que el desempleo y la precariedad económica condujeron a la dificultad incluso para subsistir mediante la economía informal (Saraví, 2006). A su vez, la violencia pasó a ser un tema clave para la población villera, un factor que atentaría contra los lazos de solidaridad barrial y promovería la autoreclusión en las propias viviendas. Asimismo, la percepción de la villa como un “aguardadero de delincentes” se produce en un contexto de desempleo o precarización socioeconómica, cuando la droga como negocio y consumo se masifica. Por último, los medios de comunicación se convirtieron en un agente fundamental a la hora de estereotipar a las villas como reductos inexpugnables, contribuyendo a cerrar a la villa en un proceso policial represivo (Puex, 2003).



Luego de la crisis del 2001-2002, la etapa de postconvertibilidad significó una recuperación a nivel de crecimiento económico, empleo y pobreza. Sin embargo, dicho crecimiento fue muy desigual, lo cual condujo a diversos investigadores a plantear que las brechas económicas y sociales parecen haberse consolidado, concentrándose en espacios relegados como las villas (Kessler et al., 2011). Asimismo, hoy en día las políticas sociales siguen siendo centrales en la vida económica, social y política de muchos de tales espacios urbanos relegados. El análisis de cómo evolucionaron en estos últimos años los procesos de estigmatización en territorios como las villas miseria, es aún una materia pendiente.

Hemos visto cómo la villa miseria se convirtió en una referencia ineludible en los estudios sobre el modo en que la precariedad social se expresa territorialmente, así como indagamos la evolución de las representaciones sociales de tales espacios urbanos por lo general ligados a un imaginario de degradación. Sin embargo, el trabajo etnográfico realizado en asentamientos localizados en Comodoro Rivadavia nos permite advertir los riesgos inherentes a adoptar tal categoría de manera acrítica. No se trata simplemente de que la villa sea un concepto cargado de una valoración moral negativa, sino que además responde a una lógica sociocéntrica, donde lo particular tiende a presentarse como universal. Es decir, la sociología que giró en torno a las villas miseria como unidad de análisis tuvo su epicentro en el ámbito porteño o del conurbano bonaerense; pese a ello, dicho contexto específico de reflexión suele ser tratado como un principio de validez nacional.

Primeras respuestas etnográficas sobre la moralidad y los espacios urbanos relegados

Comodoro Rivadavia es la principal ciudad de la provincia de Chubut, se localiza en el centro-este de la Patagonia Argentina, y representa el corazón de la zona hidrocarburífera conocida como Golfo de San Jorge. El censo nacional realizado en el 2010 arrojó la cifra de 192.000 habitantes. Comodoro tiene una trama urbana extensa -36 kilómetros-, que históricamente estuvo marcada por la discontinuidad entre los espacios habitados -aunque, con el crecimiento poblacional, hoy en día dicha trama tiende a la contigüidad.

La ciudad surgió a principios del 1900 y creció de acuerdo a los ritmos y requerimientos de la actividad petrolera. En sus orígenes y durante décadas, se desarrolló principalmente hacia el norte. Los barrios de la zona norte nacieron como campamentos de las diversas compañías petroleras, del ferrocarril o de empresas dedicadas a la explotación del cemento y la pesca. En la misma época, en el centro de la ciudad se ubicó parte del comercio y la administración estatal. A su vez, la disposición física fragmentada guardó relación con características topográficas: el cerro Chenque divide al centro de la zona norte petrolera. Ello

conllevó a que cada uno de los campamentos de la zona norte tuviese su propio centro, con sus comercios y espacios de recreación. Por otra parte, las históricas diferencias socioterritoriales de la ciudad en buena medida respondieron a cómo el cerro Chenque actuó a modo de una barrera que no sólo separó al centro de la zona norte, sino que dicha barrera también se materializó en las lógicas de construcción y crecimiento de la ciudad; es decir, si los “barrios” surgieron mediante las formas convencionales de acceso al suelo urbano -el mercado inmobiliario y/o las políticas estatales de vivienda-, muchos asentamientos se localizaron en las laderas del cerro, en áreas declaradas como “no urbanizables” por la municipalidad local que, por ende, hasta el día de hoy continúan sin disponer de reconocimiento legal.

Aquí localizamos el primer factor que explica por qué, para el sentido común local, en la ciudad no existen las villas. El eje centro-periferia, clave en la interpretación nacional de los territorios degradados en términos de “villas miseria”, no es aplicable en Comodoro. Por un lado, y a pesar de que una de las formas de nombrar a los barrios de la zona norte responde a los kilómetros que los distancian del centro, la dispersión sin continuidad espacial obturó la posibilidad de pensar al territorio siguiendo la lógica de círculos concéntricos que se amplían. Por el otro, la distancia al centro sólo se mide en términos físicos, no así morales. Más aún: la fuerte relación entre una identidad laboral y barrial tradicionalmente supuso un orgullo por el lugar de pertenencia. Ser del km 3 equivalía a la “dignidad de ser ypefiano” -en dicho barrio se asentó la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales-; lo mismo podría decirse respecto del km 5 en cuanto a su ligazón con el mundo ferroviario; etc. Por el contrario, en las representaciones de la época, el centro de la ciudad no sólo era el espacio de la administración pública, sino también de los bares y prostíbulos orientados principalmente hacia los trabajadores del petróleo.

A mediados del siglo XX, y especialmente luego del boom petrolero de 1958-1963, la ciudad comenzó a expandirse hacia el oeste y el sur. A diferencia de lo que ocurriera con las zonas más antiguas, en esta área se observa una continuidad espacial, mientras que su común denominador es haber surgido de forma acelerada a partir de la ocupación de tierras. En los orígenes de dichos espacios urbanos, la mayoría de quienes protagonizaron las ocupaciones procedían del sur de Chile o del noroeste argentino. La ciudad experimentó nuevos procesos de tomas de tierras, con especial fuerza en el 2005 y en el 2008/2009, donde la presencia migratoria esta vez se vinculó con trabajadores de Bolivia, Paraguay, Perú y argentinos procedentes de diversas provincias. En definitiva, en función de las coyunturas de producción petrolera, Comodoro atrae fuertes flujos poblacionales; ante la falta de planificación urbana y el déficit crónico de vivienda, los sectores populares tradicionalmente resolvieron sus necesidades mediante la toma de tierras y la conformación

⁶ La toma de tierras se explica por otros múltiples motivos: la topografía marcada por laderas y cerros, junto con la enorme cantidad de pozos de petróleo abandonados -la normativa municipal exige dejar un radio de 100 metros a la redonda sin construir-, suponen escasez de tierras urbanizables; un código de planeamiento urbano que limita el uso de suelo en temas como la construcción en altura; un mercado inmobiliario reducido y dominado por las empresas de petróleo, donde la gran demanda de inmuebles dispara los precios; un municipio que concentra la posibilidad de distribuir tierras pero cuya capacidad de respuesta es muy lenta; un municipio que suele otorgar las tierras disponibles a sindicatos o cooperativas, omitiendo a quienes no pertenecen a tales instituciones; una normativa municipal que regula el otorgamiento de tierras privilegiando primero a los nacidos en la ciudad, luego en la provincia, en tercer lugar en el país, y por último a los extranjeros -forzando a muchos de estos a tomar tierras como única solución al problema habitacional-; etc.



de asentamientos (Grimson y Baeza, 2011)⁶. Por otra parte, es de destacar una tradición municipal permisiva ante las ocupaciones, en la cual el tratamiento del tema como un “problema social”, como un acto jurídico “ilegal”, es relativamente reciente y ha sido fomentado por la municipalidad.

En las diversas entrevistas realizadas, los funcionarios que trabajan en la Secretaría de Tierras y Hábitat de la Municipalidad reconocieron no tener la capacidad de intervenir sobre la totalidad ni saber con exactitud cuántos asentamientos habría en la ciudad. En cierta ocasión me proporcionaron un mapa en el cual dichos funcionarios pintaron las zonas con asentamientos detectados; en el mismo se marcaron, con distintos tamaños de círculos en función de las proporciones de cada caso, 29 asentamientos (Figura 1). Asimismo, el intendente declaró que existen unas 4.800 usurpaciones de terrenos (El Patagónico, 23 de enero de 2014), en paralelo a unos 7.000 expedientes solicitando terrenos y sólo unos 2.200 lotes disponibles (El Patagónico, 20 de febrero de 2013). En cuanto a Cancha Belgrano, el mismo nuclea 99 lotes/familias, es uno de los 3 asentamientos ubicados en el barrio Abel Amaya, y comenzó a ser construido a fines del 2008 y principios del 2009 por argentinos procedentes de distintos puntos de la ciudad o de diversas provincias –hubo un proceso de organización y expulsión de extranjeros del espacio barrial. Desde sus orígenes, se caracterizó por una importante organización vecinal que delimitó el espacio intentando respetar el trazado urbano del barrio contiguo. Durante años, la organización vecinal no consiguió el respaldo de los gobiernos municipales y provinciales en sus reclamos por la instalación de servicios e infraestructura; posteriormente, tras haberse aliado con los otros asentamientos ubicados en el barrio, lograron ganar electoralmente la Unión Vecinal. A partir de entonces, comenzó un proceso de reconocimiento estatal que supuso mejoras urbanas.

Volviendo al eje del artículo, luego de rastrear en las versiones virtuales de los periódicos de la ciudad queda en claro que para la percepción local “en Comodoro no hay villas”. Entre abril del 2009 y abril del 2013, se localizaron 141 noticias vinculadas con tomas de tierras y/o asentamientos en la ciudad. Únicamente en 8 de los 141 artículos surgió el término “villa”; es de notar que sólo en 4 ocasiones la palabra fue citada como parte del artículo, mientras que 12 veces surgió en los comentarios de los lectores a tales artículos. Hay notas donde funcionarios se refieren críticamente al tema, utilizando términos como “ilegales”, “usurpadores”, o “intrusos”, pero ni siquiera en tales situaciones surge la palabra “villa” en sus vocabularios.

Lo mismo ocurre si evaluamos las entrevistas realizadas. Se llevaron a cabo 3 entrevistas a funcionarios de Centros de Promoción Barrial, 10 a dirigentes de diversas Uniones Vecinales; 2 a médicos de Centros de Salud Barriales; 6 a funcionarios municipales que trabajan en áreas vinculadas a la problemática de interés, y 22 entrevistas a grupos familiares que residen en el asentamiento. El término “villa” solo surgió en 3 de las 6 entrevistas a funcionarios de la Subsecretaría de tierras, y en 2 de las 10 entrevistas a vecinalistas.

Por otra parte, enfocar la atención en las experiencias de habitar de quienes residen en asentamientos supuso privilegiar, entre otras cuestiones, los modos en que dichas personas transforman un espacio en lugar, cómo, mediante sus prácticas y representaciones, el espacio cobra vida y pasa a ser un lugar practicado (Lawrence y Low, 2003; De Certeau, 1996). Consecuentemente, uno de los interrogantes que guiaron la investigación fue el siguiente: cuando los residentes de Cancha Belgrano hablan de su espacio residencial o se refieren a otros sitios surgidos a partir de tomas de tierras, ¿cómo nombran a dichos lugares? Significativamente, en muy pocas ocasiones surgió el vocablo “villa” en sus relatos –vale la pena reiterar que ello no ocurrió en ninguna de las entrevistas. En primer lugar, la forma más común de mencionar al sitio donde viven –e incluso a otros espacios similares distribuidos a lo largo de la ciudad- es en términos de “barrio”; aunque no es frecuente, también pueden utilizar la palabra “asentamiento”, pero nunca lo hacen de modo despectivo. Otra forma típica de nombrar al lugar es como “extensión”, una forma autóctona de mencionar a los asentamientos que presupone una lógica inclusiva: la “extensión” es sinónimo de la prolongación de un barrio –el barrio Abel Amaya en este caso. Pero hay excepciones a la regla: es entonces cuando la palabra “villa”, cargada de una valoración moral del territorio, surge en los discursos.

La villa como paradigma de un espacio moralmente degradado

Vimos que sólo 8 de los 141 artículos periodísticos emplearon la palabra “villa”. Por lo general, el término surge como cita textual de las frases emitidas al periodista por un entrevistado. A su vez, en las 4 ocasiones donde el término fue utilizado en el mismo artículo, se identificó a la villa como un espacio de inmigrantes, con la ilegalidad, con la falta de planificación urbana y de servicios básicos, o con la violencia y delincuencia. Hay un solo artículo donde un funcionario municipal apela a la villa en su discurso. Es el mismo intendente quien así lo hace, en un contexto donde solicita una mejor redistribución de las regalías petroleras que Comodoro genera y de las que obtendría muy poco a cambio. En un tono de denuncia ante el crecimiento desmedido de la ciudad y la falta de recursos para afrontar los desafíos que el mismo conlleva, el intendente menciona: “nos duele ver cómo la ciudad se nos llena de villas de emergencia” (El Patagónico, 22 de septiembre de 2012). Significativamente, 8 de los 12 comentarios de lectores referidos en términos de “villa miseria” surgen en esta misma nota.

Es posible detectar ciertos patrones en los comentarios de los lectores. Cuando se nombra al espacio como “villa”, el elemento más común es apelar al carácter de extranjero de sus habitantes. El salto hacia la “negritud” –vinculado con la falta de civilización o la incapacidad de habitar- y la delincuencia no tiene nada de natural, aunque los relatos propongan tal cadena metonímica. La palabra “asco”, asociada con la mugre y otras condiciones de higiene social –por ejemplo con la supuesta prostitución de la mujer migrante-, apela a un posible foco infeccioso. También aparecen cuestiones como la ilegalidad, enfocada en una usurpación de servicios que perjudica a los “verdaderos vecinos” –quienes pagan por el mismo-, o en cómo los “ilegales” disfrutan



del usufructo o la venta de las tierras –que habrían sido tomadas por “sinvergüenzas” para ganar dinero y retornar a sus países. En más de una ocasión, “el remedio” propuesto consiste en la “limpieza”. Es el comentario de Pedro quien, ante la “presencia masiva de extranjeros, o hijos de chilenos que es lo mismo –esto está lleno de gente que no es de acá–”, ofrece como respuesta “poner una bomba en esos barrios cuasi favelas, en esas villas y que se mueran todos” (El Patagónico, 10 de septiembre de 2012). A su vez, en el uso del término “villa” el carácter de extranjero es tan fuerte, que las soluciones más citadas al problema de los asentamientos apuntan a la deportación. Así, ante las palabras del intendente mencionadas anteriormente, los comentarios de alguien cuyo nickname es el de “Deportación” escribe:

“se nos llena de villas de emergencia, ¿no será tal vez porque recibimos pobres de todo el mundo? Para responder por ellos, educación, salud, tierras, ¿de dónde crees que sale el dinero?, de los bolu... que pagamos impuestos y multas! Chile no mantiene en sus cárceles delincuentes extranjeros, los DEPORTAN ya que no están dispuestos a poner un peso de su bolsillo en buche ajeno” (El Patagónico, 22 de septiembre de 2012).

En resumidas cuentas, en los artículos y comentarios se traslucen dos cuestiones, ambas vinculadas con una percepción moral del espacio: a) la expresión “villa” sólo surge en tono de denuncia; y b) siempre se asocia con un elemento externo que modifica negativamente la dinámica local. Ese elemento macabro que viene de afuera se condensa en la figura del extranjero, pero a su vez presupone que la villa es algo típico de otras latitudes que no se corresponde con la historia local⁷. De tal modo, la villa es representada como el espacio de pobreza de ciudades como Buenos Aires, algo que no tiene un equivalente en la historia local. Así lo expresan ciertos comentarios a las notas periodísticas: “Comodoro das asco como estás... peor que cualquier villa porteña! o la ciudad se está pareciendo a Buenos Aires con la cantidad de asentamientos por no decir Villas!!... TERRIBLE!!” (Comentario de Pedro y de Danina en El Patagónico, 6 de junio de 2012).

Vimos que, de las 43 entrevistas realizadas a diversos actores, el término “villa” solo surgió en 3 entrevistas a funcionarios de la Subsecretaría de tierras –en dos casos como consecuencia de una pregunta directa del investigador, en el otro de forma espontánea–, y en 2 entrevistas a presidentes de Uniones Vecinales –en ambas ocasiones fue empleado de manera espontánea. Significativamente, los dos dirigentes vecinales que se refirieron a las “villas” coinciden en un punto: se niegan a representar a quienes residen en asentamientos de reciente conformación localizados bajo el radio de influencia de las Unidades Vecinales que presiden. Caracterizando al espacio en cuestión como un ámbito de “extranjeros que venden terrenos y dominado por las patotas”, en el primer relato se usa el apelativo “villa” para advertir sobre la evolución del territorio, solicitando la

intervención estatal (19 de abril de 2012, Entrevista al presidente de la Unión Vecinal del barrio Standar Norte). En la otra entrevista, se repiten elementos que son centrales en la articulación del relato: la extranjería, la falta de una dirección y de espacios regulares propios de un trazado urbano planificado, el hacinamiento, la violencia y delincuencia, e incluso la incapacidad para distinguir “formas naturales” de la arquitectura urbana –la distinción entre un frente de la parte posterior de un hogar.

“Un día viene un... no sé si es peruano. Yo soy letrista, hago letreros (...) me dice: yo quiero hacer un cartel en un almacén. Bueno, ¿dónde vive usted? Yo vivo acá arriba; ¿a dónde arriba?, ¿qué calle? Me dice no hay calles, no hay nombre. ¿Cómo llevo? Es como en un bajo así, te mandás. ¡Eso es una villa, villa, villa! Eso yo no la conocía: pasillitos en vez de las calles... esa gente. ¡No sabés cómo viven loco! No sé si la habrá visto la municipalidad, y viven bocha, todos amontonados. ¡El almacén de este señor era una celda boludo! Los chorros, que se yo, era una celda... Yo le digo ¿cuál es el frente? Porque no se entendía ni cuál era el frente de la casa. ¡Los asentamientos de acá son visibles, pero hay otros lugares... hay otros asentamientos!” (23 de mayo de 2012, Entrevista al ex-presidente de la Unión Vecinal del barrio Abel Amaya).

En ambos discursos la “villa” fue caracterizada como un lugar distante que se aleja de cualquier posible clasificación familiar del entorno, como un “espacio-otro”. Entonces, la distancia no es física sino moral, pues el lugar denostado de hecho se ubica en el mismo barrio donde viven estos dirigentes. Algo similar detectamos en las entrevistas realizadas a los funcionarios municipales abocados a la temática:

“lo que está pasando es gravísimo (...) La policía me dice: ¿señora dónde va? Voy acá al barrio, al asentamiento... Uh no señora, espere, ahora la acompañamos. Llego al lugar, 5 patrulleros y una tráfico llena de militares... parecía como cuando ves en las películas que entran a las villas, que entran con toda la infantería y todo. Hago así y veo todo eso y digo: dónde estoy...” (10 de agosto de 2012, Entrevista a Funcionaria de la Subsecretaría de Tierras).

Por otra parte y como se sostuvo anteriormente, cuando los residentes de Cancha Belgrano hablan de sí mismos sobre la ciudad o sobre otros asentamientos, en contadas situaciones utilizan la palabra “villa”. La excepción a la regla surgió al pretender remarcar positivamente la propia identidad y, para ello, las características valoradas de Cancha Belgrano a veces se definieron en oposición a la villa como imaginario de un espacio urbano degradado. Los cuatro ejes que entonces se resaltaron fueron la nacionalidad, la planificación urbana, el trabajo y la violencia. Así, Cancha Belgrano es constantemente definido como un lugar de argentinos; la oposición entonces se materializa en otro asentamiento ubicado en el mismo barrio, el cual es habitado mayormente por bolivianos y peruanos. En segundo lugar, todos los informantes suelen resaltar con orgullo la peculiaridad de Cancha Belgrano en tanto “único asentamiento” que respeta

⁷ Comodoro siempre fue una sociedad receptora de migrantes; remitiendo sus orígenes a la migración procedente de Europa, en la ciudad se reprodujo el mito nacional que afirma que “los argentinos procedemos de los barcos”. La mayoría de esos europeos vivieron durante años en condiciones de gran precariedad socioresidencial, muchos incluso construyeron sus moradas en terrenos que ocuparon, sin embargo a nadie se le ocurrió calificar a dichos lugares de residencia como “villas”; por el contrario, la llegada de personas procedentes de países limítrofes, más aún cuando responden a un fenotipo indígena, parece favorecer la lectura de los territorios que ocupan como “villas miseria”. Al mismo tiempo, y a diferencia de lo que ocurriría con las representaciones territoriales de Buenos Aires –donde surgió la noción de villa–, en Comodoro no existe un imaginario que identifique a los descendientes de europeos con el centro de la ciudad. Los discursos racistas son tan frecuentes en Comodoro como en Buenos Aires; no obstante, los mismos no parecen haber encontrado en el territorio la posibilidad de canalizar sus argumentos xenófobos con tanta facilidad.



el trazado urbano de Comodoro. La organización barrial aquí es contrastada con el hacinamiento y falta de higiene -la anomia- que caracterizaría a otros asentamientos en general, y a uno que se localiza a menos de un kilómetro de distancia en particular. En tercera instancia, los informantes describen a su lugar como un sitio de trabajadores; el asentamiento más próximo a Cancha Belgrano, mencionado anteriormente, es en cambio utilizado como contraejemplo, al ser retratado como un ámbito de “vagos y borrachos”. Finalmente, este mismo asentamiento es caracterizado como un entorno de “delinquentes”, mientras que Cancha Belgrano es adjetivado con los términos “seguro y tranquilo”.

No debemos pensar que los habitantes de Cancha Belgrano no sufren ninguna forma de estigmatización. Pero los estereotipos negativos recaen en calificativos como “ocupantes” o “usurpadores”, no así en el de “villeros”. La fuente de sus sufrimientos reside en cómo el sistema jurídico y la noción de propiedad los descalifica en tanto “ilegales”; en cambio, no parecen sentir el peso de otras etiquetas peyorativas asociadas con cualidades morales que se adosan a quienes residen en un espacio que es nombrado como “villa”. De tal modo, los residentes del asentamiento entienden que sus malestares se acabarán cuando “regularicen” su situación; por ello es que resaltan su voluntad por pagar en cuotas a la municipalidad por los terrenos que tomaron, y que incluso están abonando el consumo de la electricidad a la empresa correspondiente pese a que continúan colgados del servicio. Es decir, para ellos ser propietario o consumidor en regla equivaldría al acceso a la plena ciudadanía. Algo similar ocurre en cuanto a la villa planteada como sinónimo de pobreza. En la ciudad, la gente no necesariamente imagina al asentamiento como un espacio de pobreza; este no es un dato menor pues, como sostiene Gúber (2004:117), “todas las categorías morales que se aplican al villero remiten a la carencia”. Y ello es así pues, a diferencia del Gran Buenos Aires, en Comodoro las ocupaciones por lo general no fueron protagonizadas por desocupados o sectores bajo la línea de pobreza, sino por personas que en el momento de la toma contaban con un empleo—a veces incluso bien remunerado. Estamos ante una población con niveles de ingreso superiores a la media del país, pero con un déficit crónico de viviendas, lo cual da cuenta de que el problema no es tanto la construcción sino el acceso a la tierra (Grimson y Baeza, Op. Cit.). Consecuentemente surgen otros estigmas, como la supuesta picaresca de quienes toman tierras “sin realmente tener necesidades”, no así la pobreza como elemento indisoluble a las villas.

Para finalizar, en el asentamiento relevado no se observan otros elementos que, como vimos, son claves en la articulación del imaginario social sobre la noción de villa. A modo de ejemplo, cuando los informantes describen a su sitio como un lugar de trabajo, también están aludiendo a que en Cancha Belgrano nadie recibe ningún tipo de ayuda social—una vez más, las representaciones se construyen en función de un “otro” que, en este caso, es imaginado como sujeto de asistencia. Lo mismo ocurre en cuanto al aislamiento; no existe un estigma espacial tan marcado que delimite la ciudad en espacios inexpugnables. Los residentes de Cancha Belgrano van al centro o al barrio contiguo a hacer las compras, reciben visitas de familiares o amigos en sus casas sin inconvenientes, acuden a espacios donde residen los sectores socioeconómicos más altos de la ciudad -como el balneario de Rada Tilly-, etc.

A modo de conclusión

Si bien existen antecedentes de una sociología nacional centrada en conventillos, inquilinatos y otras modalidades de hábitat popular, en nuestro país la reflexión académica sobre la cuestión social llegó a su apogeo tomando a las villas miseria como unidades de análisis. A partir de entonces, las villas miseria pasaron a ser un paradigma difícil de sortear a la hora de caracterizar cómo los procesos de precariedad social se expresan territorialmente. Simultáneamente, la perspectiva espacial sobre los procesos de precariedad social se articuló en torno a un eje clave de lectura: el binomio centro-periferia, el cual presupone una distancia física, pero también moral entre ambos polos. Esta forma particular de representar al espacio urbano y a la cuestión social tuvo sus orígenes en las ciudades donde surgieron las primeras villas, las cuales a su vez responden a un patrón—y a un imaginario- espacial contiguo.

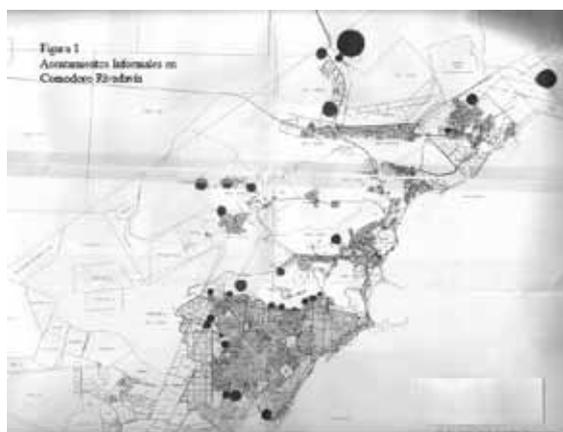
En el artículo se sostuvo que dichas perspectivas conllevan una serie de obstáculos epistemológicos. Las lecturas morales sobre el territorio son un primer vector a considerar. Por otra parte, en función de una lógica sociocéntrica, lo escrito en Buenos Aires tiende a ser interpretado como universal y pugna por imponerse como realidad discursiva en el resto del país; el resultado de tal proceso es una dificultad para comprender cómo, en ciudades del interior, las dinámicas de exclusión social se expresan territorialmente. A partir de un estudio etnográfico sobre tomas de tierras y la conformación de asentamientos en Comodoro Rivadavia, el objetivo del artículo consistió en examinar cómo la noción de villa miseria se materializa—en términos de presencia o ausencia- en los discursos locales sobre el modo en que se expresa territorialmente la cuestión social.

Como cualquier otro espacio urbano socialmente delimitado, la villa forma parte de un sistema social complejo; si bien de manera subordinada, se encuentra integrada al resto de la sociedad (Segura, Op. Cit; Puex, Op. Cit), con lo cual sería incorrecto pensarla como una unidad de sentido aislada de la ciudad. Tal afirmación apunta a entender los significados de la villa de acuerdo a cómo evolucionó históricamente su función social respecto de un entramado urbano específico. Dichos significados se redefinen contextualmente: es por ello que en este trabajo se consideró la manera en que, con el pasar de los años, diversos significantes se fueron adosando como fuente de estigmatización a la categoría de “villa”.

Asimismo, en el artículo se constató que, incluso cuando el diálogo gira en torno a espacios urbanos degradados, el vocablo “villa” no es común en el lenguaje cotidiano de los comodorenses. Se sostuvo que ello guarda relación con diversos factores. En primer lugar, la ciudad no responde a una matriz territorial continua, sino que el patrón que la caracteriza supone una dispersión sin continuidad. Por consiguiente, el eje centro-periferia, clave en la lectura de los territorios urbanos en términos de villa miseria, no se encuentra presente en Comodoro Rivadavia. En segunda instancia, en la ciudad patagónica no se observa un estigma similar al del “villero”, donde la precariedad de la vivienda parecería impregnarse en la calidad humana de sus ocupantes, impactando negativamente en sus sociabilidades e identidades (Merklen, 2005).

No obstante, en ocasiones puntuales el término “villa” emerge en los discursos locales. Significativamente, el denominador común en tales relatos se asocia con una percepción moral del espacio. Más aún, la palabra “villa” sólo es invocada en contextos de denuncia sobre los cambios negativos que estaría padeciendo la ciudad como consecuencia de agentes externos que la desvían de su tradición. Para el sentido común local, la villa es propia de las grandes ciudades como Buenos Aires. En tono acusador se advierte que fuerzas foráneas estarían propagando tales formas de degradación urbana en la ciudad; la presencia de inmigrantes, especialmente cuando responden a fenotipos amerindios, son fundamentales para la articulación de este tipo de argumentos. Por otra parte, no es de extrañar que, para representar esta realidad supuestamente novedosa, el sentido común local apele al vocablo “villa”. Esto es consecuencia del peso que tiene la lógica sociocéntrica mencionada anteriormente: generada en un contexto específico –porteño y/o del conurbano bonaerense-, pero con pretensiones de validez nacional –o al menos con la suficiente fuerza como para generar efectos a nivel nacional-, la misma identifica el modo en que la cuestión social se expresa en el territorio urbano en términos de “villa”. A su vez, vimos que en los habitantes de Cancha Belgrano, la palabra “villa” sólo aparece en sus relatos cuando pretenden singularizar positivamente su identidad asociada con el asentamiento como lugar de residencia. Entonces, el proceso de subjetivación se estructura sobre la base de una alteridad que se materializa en “otros” asentamientos. La caracterización positiva del “nosotros” sólo puede ser comprendida en oposición a una otredad cuya radicalidad se expresa en términos de “villa”. Son las “esencias” propias del término “villa” –en tanto ámbito de vagos y alcohólicos que viven de la asistencia social, sitio de maleantes o un espacio anómico- las que posibilitan autodefinirse como un entorno de trabajadores, como un lugar tranquilo y ordenado.

En definitiva, la moral es un elemento clave tanto en los discursos que niegan la existencia de villas en Comodoro, como en aquellos que hacen uso del término para advertir sobre la evolución urbana negativa. Y ello es así pues en Argentina la villa es, ante todo, un discurso moral que se aplica en la clasificación del territorio urbano.



Bibliografía

BOURDIEU, P. (2002). “Efecto de lugar”. En: P. BOURDIEU (Ed.). La miseria del mundo. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 119-124.

CASABONA V. y GUBER R. (1985). “Marginalidad e integración: una falsa disyuntiva”. En: L. Bartolomé (Comp.). Relocalizados. Antropología de las poblaciones desplazadas. Buenos Aires: IDES, 145-164.

CRAVINO, M. C. (2009). “El nuevo horizonte de la informalidad en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. En: P. ABRAMO (Coord.). Favela e mercado informal: a nova porta de entrada dos pobres nas cidades brasileiras. Porto Alegre: Antac, 272-303.

DAVIS, M. (2008) Ciudades de planeta miseria. Madrid, Foca-Akal

EL PATAGÓNICO (2014, 23 de enero). La usurpación de terrenos en el egido de la ciudad llega a 4800 lotes. Consultado el 23 enero de 2014. En: <http://www.elpatagonico.net/nota/374941/>.

EL PATAGÓNICO (2013, 20 de febrero). Usurpaciones en Comodoro Rivadavia. Unos 2500 terrenos están en manos de extranjeros. Consultado el 20 de febrero de 2013. En: <http://www.elpatagonico.net/nota/382591/>.

EL PATAGÓNICO (2012, 22 de septiembre). Nos duele ver cómo la ciudad se nos llena de villas de emergencia. Consultado el 23 septiembre de 2012. En: <http://www.elpatagonico.net/nota/171145/>.

EL PATAGÓNICO (2012, 10 de septiembre). Problemas de infraestructura y usurpación de viviendas son un denominador común en el 30 de Octubre y el Isidro Quiroga. Consultado el 11 de septiembre de 2012. En <http://www.elpatagonico.net/nota/168272/>.

EL PATAGÓNICO (2012, 6 de junio). Derrame de petróleo en asentamiento ilegal de km 8. Consultado el 7 de junio de 2012. En <http://www.elpatagonico.net/nota/153945/>.

EGUÍA, A. y ORTALE, S. (2007). “Introducción”. En: A. EGUÍA y S. ORTALE (Comps.). Los significados de la pobreza. Buenos Aires: Biblos, 8-23.

FERNÁNDEZ WAGNER, R. (2008). “Los asentamientos informales como cuestión. Revisión de algunos debates”. En: M. C. CRAVINO (Org.). Los mil barrios (in)formales: aportes para la construcción de un observatorio del hábitat popular del área metropolitana de Buenos Aires. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, 13-44.

GERMANI, G. (1967[2010]) “Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires”. En: C. MERA y J. REBÓN (Coord.). La sociedad en cuestión. Antología comentada. Buenos Aires: CLACSO.



FERNÁNDEZ WAGNER, R. (2008). "Los asentamientos informales como cuestión. Revisión de algunos debates". En: M. C. CRAVINO (Org.). *Los mil barrios (in)formales: aportes para la construcción de un observatorio del hábitat popular del área metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, 13-44.

GERMANI, G. (1967[2010]) "Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires". En: C. MERA y J. REBÓN (Coord.). *La sociedad en cuestión. Antología comentada*. Buenos Aires: CLACSO.

GORELIK, A. (2004) *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: siglo XXI

GRIMSON, A. (2009). "Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires". En: A. GRIMSON, C. FERRAUDI CURTO y R. SEGURA (Comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo, 11-40.

GRIMSON, A. y BAEZA, B. (2011). "Desacoples entre nivel de ingresos y jerarquías simbólicas en Comodoro Rivadavia. Acerca de las legitimidades de la desigualdad social". En: *Revista Mana* 17 (2), 337-363.

GUBER, R. (2004). "Identidad social villera". En: M. BOIVIN, A. ROSATO y V. ARRIBAS (Comp.). *Constructores de Otrredad. Una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires: Antropofagia, 115-125.

GUBER, R. (1991). "Villeros. O cuando querer no es poder". En: A. GRAVANO y R. GUBER (Autores). *Barrio sí, villa también. Dos estudios de antropología urbana sobre producción ideológica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: CEAL.

HERMITTE, E. y BOIVIN, M. (1985). "Erradicación de villas miseria y las respuestas organizativas de sus pobladores". En: L. BARTOLOMÉ (Comp.). *Relocalizados. Antropología de las poblaciones desplazadas*. Buenos Aires: IDES, 117-144.

KESSLER, G.; GARCÍA BOMBAL, I. y SVAMPA, M. (2010). "Introducción". En: G. KESSLER, I. GARCÍA BOMBAL y M. SVAMPA (Coord.). *Reconfiguraciones del mundo popular*. Buenos Aires: UNGS y Prometeo, 9-30.

MERKLEN, D. (2012). *Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio: entre las condiciones y las prácticas*. Consultado en: www.margen.org/social/merklen.html.

MERKLEN, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

NEIBURG, F. (1995). "El 17 de octubre de 1945: Un análisis del mito de origen del peronismo". En J. C. TORRE (Comp.). *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, 219-283.

PRÉVOT SCHAPIRA, M. F. y CATTANEO PINEDA, R. (2008). "Buenos Aires: la fragmentación en los intersticios de una sociedad polarizada". En: *Eure*, Vol. XXXIV, N° 103, diciembre, pp. 73-92.

PUEX, N. (2003). "Las formas de la violencia en tiempos de crisis: una villa miseria del conurbano bonaerense". En: A. ISLA y D. MÍGUEZ (Coord.). *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias, 213-257.

RATIER, H. (1985). *Villeros y villas miserias*. Buenos Aires. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

ROMERO, J. L. (2009). *La ciudad occidental: culturas urbanas en Europa y América*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

SARAVÍ, G. (2006). "Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina". En: G. SARAVÍ, (Ed.). *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo, 11-54.

SEGURA, R. (2011). "La ciudad invertida. Análisis antropológico de la segregación urbana en la periferia de la ciudad de La Plata". En: *IX Reuniao de Antropología do Mercosul*. Universidad Federal do Paraná, Curitiba, Brasil.

SVAMPA, Maristella (2001) *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.